

SUAREZ-PANGLOSS

El presidente Suárez —el cabecilla Suárez, como Edice Radio Tirana, que también habla del cabecilla Carter y del cabecilla Brejnev, pero siempre habla del héroe del pueblo Enver Hodja, que sólo tuvo un voto en contra en las elecciones, no como otros—, admirablemente caracterizado de presidente Suárez, nos anunció que era ya un perfecto demócrata, un demócrata de manual, y por eso acumulaba un par de elecciones ante el español, indiferente y aburrido. ¿Quién, oyéndole, le votará? Decía el cabecilla que su Gobierno ha sido magnífico, que ha restaurado la democracia, ha traído la Constitución y ha mejorado la economía. Viendo tal democracia, tal Constitución y tal economía, como elementos de un pasado que considera conseguido, piensa uno en sí el futuro será igual, cuando gane el presidente y los hombres del presidente. Los millares y millares de hombres del presidente que cada día se sacrifican ocupando puestos, periódicos, televisiones, radios y otras pesadas cargas para que todo vaya por lo mejor en el mejor de los mundos posibles. Aquello lo decía el profesor Pangloss, profesor de optimismo del pobre Cándido, del antes prohibido Voltaire —que quizá vuelva a serlo dentro de poco: ¿no se ha prohibido, ahora, en la democracia española a Apollinaire?—; el cabecilla Suárez debe tener, también, a su lado, a un profesor Pangloss, o quizá lo sea él mismo dirigiéndose siempre al Cándido que es el español, siempre corriendo tras su novia Cunegunda-libertad, y siempre sin encontrarla. La cita del primero de marzo, la subcita del 3 de abril —elecciones municipales, para alegría de la España rural—, quizá sean con la soñada y difícil Cunegunda. Por lo menos, para algunos. "Muchos son los llamados y pocos lo elegidos", decía la Palabra. Se estaba refiriendo a los partidos de oposición.

Tendremos, pronto, unas nuevas Cortes. ¿Qué haremos con ellas? ¿Qué harán ellas con nosotros? Como el español no vuelva en sí de tanto desmayo, de tanto aburrimiento, se nos van a ir de las manos por el canalillo de la abstención, que es una manera como otra cualquiera de votar a UCD. La abstención es el limbo, UCD es un limbo teórico, un centro, con esa condición de indiferencia deificada que tiene todo centro, toda equidistancia del bien y el mal, como parecía el presidente Suárez disfrazado admirablemente de presidente Suárez.

Como los buenos obispos, uno solo puede recomendar que se vote en conciencia, pero que se vote. El problema está en buscarse bien por todos los bolsillos, hasta encontrar en cuál de ellos se encuentra la conciencia. Generalmente, se encuentra en el bolsillo de la cartera, y depende del abultamiento de ésta.

Reflexionemos. Felizmente, el mes de febrero termina en miércoles de ceniza. Con el recuerdo del fuego del infierno sobre la cansada frente, el español podrá reflexionar sobre las promesas de paraíso que le habrán hecho todas las fuerzas políticas, y votar al día siguiente con arreglo a su conciencia individual.

Ahora, el carnaval está a la vuelta de la esquina. Y la campaña electoral. ■

POZUELO



Don Juan Carlos de Borbón lee su discurso en la solemne y discreta sesión conjunta del Congreso y del Senado.

(Mendizábal, Toreno, Martínez de la Rosa y Argüelles), los parlamentarios pasaban en fila y daban la mano a la real familia.

Extraña ceremonia que hubiera parecido de pésame a no ser por las faces (e incluso fauces) sonrientes de los parlamentarios. A posteriori, resultaría ser su propio pésame (su, de ellos).

Las grandes medidas de seguridad ya no se notaban. Todos los asistentes, por allí revueltos, se dirigían a la escalinata principal del palacio para contemplar un breve y simbólico desfile militar.

Al acto asistió don Juan, padre del Rey. Según se mire, gran perdedor o gran ganador de esta transición que ahora termina. Lo segundo, para Ricardo de la Cierva, que ha escrito: "Aunque el historiador no tiene prueba alguna de ello, todo hace pensar, en vista de los acontecimientos siguientes hasta nuestros días, que entre hijo y padre se estableció un pacto dinástico-histórico secreto, sin más testigos que doña María, condesa de Barcelona, y doña Sofía, pronto princesa de España, para que don Juan Carlos

llegase al trono de la única forma posible, es decir, a través de la sucesión propuesta por Franco, y desde el trono tratase de dirigir una transición a la democracia en el sentido deseado por don Juan de Borbón, que quedaba como reserva histórica de tan delicadísimo proyecto". ("Historia del franquismo", tomo II, pág. 283).

Y eso fue todo.

• • •

Aquí, por falta de materia prima, acaban estos "Apuntes parlamentarios" gracias a los cuales uno ha visto un interesante espectáculo durante año y medio. Ojalá que el lector no haya sufrido demasiado. Agradezco a José Angel Ezcurrea y Eduardo Haro, director y subdirector de esta revista, que confiaran en mí para el ejercicio de un menester con tanta tradición artesanal como es el oficio de cronista parlamentario. Y doy las gracias al lector. Rectifico de corazón todo cuanto haya podido molestarle y ratifico todo cuanto haya podido molestar a los parlamentarios. Adiós. ■ V. M. R. Fotos: EURO-PA PRESS.